

En este número

Los procesos electorales tienen en México peculiaridades que los distinguen de fenómenos en apariencia semejantes observables en otros países capitalistas. La diferencia esencial resulta del hecho de que aquí no compiten en las elecciones diversos partidos organizados desde la base misma de la sociedad, cada uno con la fuerza que su arraigo social le proporciona, para ganar la dirección del aparato gubernamental. En México, como en otros lugares donde existe un partido del Estado, se establece una competencia en principio desigual entre partidos surgidos en la sociedad y el PRI, verdadera prolongación del Estado. Con la forma que éste ha adoptado en nuestro país, no es concebible la alternancia de partidos en el gobierno y esto le confiere a las elecciones un sello particular que impide compararlas en sentido estricto con lo que sucede en los procesos electorales de los países con democracia capitalista más consolidada.

La escasa experiencia de participación electoral de la izquierda mexicana es otro motivo por el cual los análisis de votación, desde una perspectiva socialista, adolecen de graves insuficiencias. Se tiene un ejemplo de éstas en la facilidad con que los análisis tienden a dar cuenta de los resultados con base en conceptos sin capacidad explicativa (acarreo, fraude), olvidando los efectos electorales de la circunstancia bien conocida de que en México opera un partido del Estado con estructura corporativa. En rigor, es precisamente este corporativismo en virtud del cual vastos sectores de la población quedan encuadrados en el partido del Estado, lo que explica las cifras de los votos, no el fraude y el acarreo. No se trata de negar, por supuesto, la evidencia de que las cifras oficiales alteran de manera no fácilmente precisable la decisión real de los votantes en las urnas. Sin embargo, las trampas en los procesos electorales explican sólo parcialmente la enorme diferencia entre la votación priísta y la que reciben los demás partidos. Otro ejemplo de subjetivismo en el análisis de elecciones se encuentra en las interpretaciones que con frecuencia hace la izquierda del abstencionismo. Se tiende a sobrestimar el peso que en la abstención tiene el repudio al proceso electoral, como puede inferirse de lo ocurrido en los últimos comicios federales, en los que ese fenómeno se redujo en forma significativa.

Las recientes elecciones del 4 de julio confirman un hecho del que se tienen otros numerosos indicadores: la incipiente articulación de los partidos de izquierda con las masas. Más allá de los criterios que se adopten para clasificar a los partidos de izquierda, lo cierto es que ninguno de ellos ha logrado una inserción profunda en el conjunto de la población. Quienes creen que el PRI ha perdido un

terreno social que no ha podido ganar la izquierda caracterizada de modo confuso como reformista, tendrán que admitir que tampoco otros segmentos de la izquierda han podido ocupar ese vacío. Con independencia de las distintas evaluaciones que se hagan del retroceso priísta, es incuestionable que no habrá resultados electorales más favorables para la izquierda mientras ésta no logre imponer libertades políticas más amplias en el funcionamiento de la sociedad civil, es decir, en sindicatos, comunidades agrarias, asociaciones profesionales, etcétera. Por ello, ninguna corriente de izquierda, ya sea de las llamadas reformistas o de las que se autodenominan revolucionarias, restringe su lucha por la democratización al plano meramente electoral.

El descontento social que producen la concentración de la riqueza, el desempleo, la inflación, los atropellos de las autoridades y tantas otras pruebas cotidianas de la existencia de un sistema de explotación, no se traduce de manera automática en votos para los partidos de izquierda, como no se traduce tampoco en actividad política organizada. El antigobierno a secas, aquél que coloca, por ejemplo, a la corrupción pública generalizada en el centro de atención, como si ésta fuera el origen fundamental de las difíciles circunstancias en las que vive la población trabajadora, no necesariamente conduce a posiciones políticas preocupadas por la transformación social y, por el contrario, puede ser capitalizado por la derecha. El considerable crecimiento de la votación recibida por PAN y PDM tiene, en buena medida, su explicación en ese antigobiernismo difuso que no va acompañado de una conciencia más o menos clara de que la clave del asunto se encuentra en la estructura misma de las relaciones sociales capitalistas.

Una de las peculiaridades de la situación nacional es que en México hay una inmensa izquierda social cuya presencia no tiene todavía repercusiones, sin embargo, en el plano político. Ello se advierte, por ejemplo, en el hecho de que numerosas zonas del país donde existe intensa movilización social (de tipo sindical, estudiantil, campesino o de colonos) proporcionan, no obstante, una votación reducida para la izquierda. No se trata sólo de cifras electorales, sino de una precaria integración, en general, de esa agitación social y la militancia política organizada y sistemática. Ello se debe, a veces, a que esa agitación es canalizada a través de organismos locales que no han podido incorporar la dimensión inmediata en un programa político de mayor alcance. Otras veces, en cambio, se trata de una izquierda social que permanece encuadrada en el horizonte político del PRI, por lo que no hay correspondencia entre la magnitud de esa izquierda social y el peso de la izquierda políticamente organizada. En cualquier caso, el desfase entre movilización social y organización política revolucionaria con proyección nacional revela hasta qué punto la izquierda partidaria no ha logrado hacer coincidir su

trabajo político con la dinámica popular.

Hace falta, hasta donde los resultados electorales son indicadores de las inclinaciones políticas de la población, examinar con mayor detenimiento las cifras de los votos por regiones. En efecto, una visión agregada de los datos globales no permite registrar las considerables variaciones que hay en el comportamiento electoral de las distintas zonas del país. Hay lugares, sobre todo en el norte de la República, donde la votación papista se acerca mucho a la que recibe el partido oficial y comienza a dibujarse un cuadro de bipartidismo. Esta situación contrasta agudamente con lo observable en el Distrito Federal y en otras entidades del país, sobre todo en el Pacífico y en el sur, donde la presencia de la derecha tiene contrapeso en una izquierda más significativa y, a veces, desaparece la oposición de derecha en favor de una presencia más decisiva de la izquierda. Es preciso intentar correlaciones más precisas entre votos y formas diversas de desarrollo cultural y político. No parece haber duda de que en el norte gravita, por ejemplo, la influencia estadounidense con un peso que no tiene en otros lugares del país.

Por lo demás, difícilmente se podrá tener una visión más o menos clara de las dificultades que enfrenta la actividad de la izquierda partidaria, de las cuales las cifras electorales sólo son una expresión muy imperfecta, sin relacionar el trabajo político con el nivel de articulación social alcanzado en nuestro país. En efecto, si bien una de las tareas de la izquierda organizada es impulsar dicha articulación social, también es cierto que alguna dosis de ésta es condición de posibilidad del propio trabajo político. En México, la omnipresencia del Estado ha repercutido en el empequeñecimiento de las mediaciones sociales y, por tanto, ha trabado el proceso de articulación de la sociedad; lo que constituye un obstáculo adicional para las posibilidades de que los organismos políticos se inserten de manera profunda en el tejido social.

En esta entrega de Cuadernos Políticos se incluye una colaboración de Nuria Fernández que, al margen de las formulaciones polémicas y discutibles que contiene, introduce una serie de planteamientos que pueden contribuir al desarrollo de un debate sobre la presencia de la izquierda en las elecciones, no sólo para alcanzar una visión más adecuada de la experiencia de julio pasado, sino para construir un perfil más acabado en la perspectiva de futuras confrontaciones en el terreno electoral.

—Carlos Pereyra